



**UNIVERSIDAD SAN FRANCISCO DE QUITO**

**Los jóvenes de hoy: sujetos de cambio, protagonistas del presente.**

**Carolina Espinel Febres-Cordero**

Tesis de grado presentada como requisito para la obtención del título de:  
Licenciatura en Relaciones Internacionales

Quito, Junio 19 del 2012

**Universidad San Francisco de Quito**  
**Colegio de Artes Liberales**

**HOJA DE APROBACIÓN DE TESIS**

**Los jóvenes de hoy: sujetos de cambio, protagonistas del presente.**

**Carolina Espinel Febres-Cordero**

Juan Carlos Donoso, Ph.D.  
Director de la Tesis

.....

Andrés González, Ph.D.  
Miembro del Comité de Tesis

.....

Daniel Montalvo, Ph.D.  
Miembro del Comité de Tesis

.....

Carmen Fernández-Salvador, Ph.D.  
Decana del Colegio de Artes Liberales

.....

Quito, Junio 19 del 2012

**© Derechos de autor**

**Carolina Espinel Febres-Cordero**

**2012**

## **Resumen**

Las juventudes de hoy en día manifiestan su descontento en la sociedad a través de movimientos y asociaciones juveniles cuyo fin es lograr influenciar y así ser partícipes de cambios estructurales en las sociedades en que viven. Los jóvenes de hoy en día, que enfrentan una serie de paradojas y desafíos que obstaculizan su manifestación como actores sociales, luchan por acceso a la educación, al trabajo y por la democracia. Así lo demuestran casos recientes como el movimiento de los Indignados en España, las protestas estudiantiles en Chile y las revueltas en contra de regímenes dictatoriales en el mundo árabe, donde jóvenes han utilizado todos los recursos a su alcance y así han logrado movilizar a países enteros, consiguiendo apoyo para su causa. Todos estos casos contradicen estereotipos asignados al joven por la sociedad, cuyas instancias supuestamente rehabilitadoras no hacen más que acentuar la marginación del joven, probando ser instituciones ineficaces. El presente trabajo contradice dichas posturas que desvalorizan al joven y más bien refuerza la imagen del mismo como sujeto de cambio, protagonista del presente, haciendo un llamado a la apertura al diálogo intergeneracional y apelando a la necesidad de que existan instancias formales de participación.

**Abstract**

Youth, in present days, shows dissatisfaction with society and how things are. This discontent is manifested through movements and associations of young people whose purpose is to influence and be a part of changing realities in their societies. Today's youth is faced by challenges and paradoxes, which impede their manifestation as social actors. This youth nevertheless is striving to overcome such obstacles, fighting for access to education, to jobs and advocating for democracy. Such is the example of the movements in Spain, Chile and the Arab World, to mention a few, where young people have sought every possible resource to mobilize their countries and gather support for their cause. All these recent cases contradict stereotypes assigned to the youngsters by society stereotypes such as violent and rebel youths. Furthermore, such stereotypes only serve to stigmatize and thus marginalize the young population, and institutions based on such stereotypes with the pretext to rehabilitate the problematic youth, only serve to marginalize them even more. This work, on the contrary, is against a negative view of the young person and instead promotes an image of a positive youth. That is, this work envisions the young as subject of change, calling for the establishment of channels of communication across generations and emphasizing the necessity of formal means of participation for the young.

## **Tabla de Contenidos**

<b>Resumen.....</b>	<b>iii</b>
<b>Abstract.....</b>	<b>iv</b>
<b>Introducción.....</b>	<b>2</b>
<b>Revisión de Literatura.....</b>	<b>4</b>
<b>Capítulo 1: ¿Qué significa ser joven?.....</b>	<b>11</b>
<b>Capítulo 2: El estereotipo del joven actual.....</b>	<b>16</b>
<b>Capítulo 3: Las instituciones como centros de marginalización.....</b>	<b>23</b>
<b>Capítulo 4: La paradoja de la educación.....</b>	<b>28</b>
<b>Capítulo 5: El joven como sujeto de cambio.....</b>	<b>31</b>
<b>Capítulo 6: Abriendo puertas, tendiendo puentes, creando caminos.....</b>	<b>35</b>
<b>Conclusiones.....</b>	<b>39</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>42</b>

## **Introducción**

La etapa de juventud por la que todos los individuos atraviesan ha sido catalogada de distintas maneras por las diferentes épocas, y es que todas las juventudes si bien guardan ciertas similitudes, también enfrentan experiencias disímiles. En cuanto a las similitudes, podemos referirnos al aspecto biológico, esto es, el período de vida en términos de edad y características fisiológicas en que se encasilla al joven. Y, aunque se argumenta que incluso dicho período se ha visto modificado ante una prolongación de la vida de los seres humanos en épocas contemporáneas, sigue siendo relativamente similar y bajo los mismos parámetros se puede identificar quién es joven y quién es ya un adulto o quien sigue siendo un niño. Por otra parte, las experiencias de vida han cambiado porque las épocas han cambiado. En este sentido, los jóvenes de los años cincuenta vivieron experiencias disímiles a los jóvenes de ahora, porque existían en aquel entonces otros paradigmas. No obstante, existían tanto como hoy jóvenes rebeldes, que dejaban de estudiar, que consumían alcohol, que dejaban el hogar antes de tiempo. Asimismo, existían jóvenes con hambre de más, de más conocimiento, de más justicia, de más acción.

A los jóvenes de hoy, sin embargo, se los cataloga como una generación perdida, como rebeldes sin causa, o pasivos e indiferentes. Se los considera agentes del mal, al consumir drogas y participar en actos de violencia, y se sostiene que se desentienden de la política y de la vida en sociedad. No se recuerda que en los jóvenes de antes también se encontraban “balas perdidas” ni se reconoce que en los jóvenes de hoy también se encuentran sujetos de cambio. En este trabajo se pretende demostrar que los jóvenes de hoy sí son protagonistas de su generación y que, como actores sociales, son individuos capaces de cuestionar su realidad, de buscar e impulsar el cambio y de aportar con su granito de arena en un trabajo encaminado hacia el bien común.



El planteamiento central es, entonces, que el joven de hoy merece una validación de su calidad como ciudadano, como actor social, como sujeto en la sociedad. A partir de este planteamiento el presente trabajo indaga en las actitudes de la sociedad con relación a los jóvenes, considerando los estereotipos impuestos por las generaciones anteriores, el rol de las instituciones y el impacto de procesos estructurales en los jóvenes. En cuanto a los estereotipos, se descubre un estigma que brota de una brecha generacional, la cual impide un entendimiento entre jóvenes y adultos y conduce a la marginación de los primeros por parte de los segundos en la sociedad. Las instituciones, por su parte, son cuestionadas en su rol como rehabilitadoras al descubrirse que prácticas institucionales acarrear una mayor exclusión del joven problemático. Finalmente, procesos estructurales en las sociedades contemporáneas son causantes de realidades paradójicas para jóvenes quienes se enfrentan a mayores niveles de desempleo y menores espacios de participación a pesar de estar mejor preparados e informados que las generaciones anteriores.

Se argumenta, pues, que los jóvenes tienen capacidad de cuestionar, deliberar y actuar pero carecen de espacios en la sociedad para ejecutar estas ideas. Se plantea, además que su rebeldía no es injustificada, sino que la misma se ve sustentada por la necesidad de hacerse notar y escuchar. Asimismo, su aparente pasividad se ve contemplada como un desencanto ante la realidad de incertidumbre y paradojas contra la que se estampa un joven soñador. Finalmente, se concluye que para evitar tales actitudes consideradas negativas de los jóvenes, y permitirles explotar su potencial como sujetos de cambio, se les debe abrir espacios donde se puedan expresar libremente, donde puedan participar, para lo cual es fundamental entablar un diálogo intergeneracional e instaurar

instituciones efectivas que respondan a la problemática del joven a partir de un enfoque integral.

## **Revisión de literatura**

En este trabajo de tesis se plantea la problemática de la juventud actual, considerando a los jóvenes como sujetos de cambio en la política. Lo que se pretende indagar es cómo y por qué los jóvenes de hoy en día tienen no sólo la capacidad sino también la motivación de marcar una diferencia en el mundo en que viven, haciendo frente a distintos factores sociales que se manifiestan en las sociedades contemporáneas. Este planteamiento pretende, a la vez, contradecir catalogaciones del joven actual como un ser pasivo o indiferente hacia la política y la problemática social que lo rodea, así como al estereotipo del “joven rebelde” y “rebelde sin causa” basado en adicciones y actos de violencia con los que se asocia a los jóvenes, sin intentar comprender qué hay detrás de estas actitudes.

Este trabajo de investigación se puede analizar desde dos perspectivas: tomando, por un lado, la participación de la juventud en los movimientos políticos y sociales como variable dependiente, siendo la variable independiente, es decir la causa, factores que producen "malestar" en la sociedad, tales como el desempleo, los líderes corruptos, etc. y por otro lado tomando la participación de la juventud como la causa, es decir la variable independiente, del cambio en una sociedad. Sin embargo, sería una de las causas, no la única. Es posible, además, que las variables cambien su condición de dependiente a independiente, y viceversa, dependiendo del contexto en que se las ubique.

Para abordar la temática planteada dentro de un marco conceptual se utilizarán como fuentes trabajos de diversos autores que aportan con definiciones por una parte, y con ideas de apoyo, por otra. Algunos autores se contradicen, y algunos incluso contradicen la idea central de este trabajo, no obstante su trabajo resulta relevante para la investigación, ya que ésta no sólo pretende encontrar la relación entre las variables sino también mostrar su validez a partir de la contradicción del estereotipo del joven actual.

Antes de empezar a hablar de la participación (o no participación) de los jóvenes en la política, es importante tomar como punto de partida el concepto de sociedad civil y ciudadanía. En este aspecto se considerarán, por una parte, el trabajo de Norberto Bobbio en “Estado, Gobierno y Sociedad”, y por otro lado el trabajo de Jean L. Cohen y Andrew Arato en “Sociedad Civil y Teoría Política”. Mientras que el primer autor atribuye una concepción negativa sobre lo que es la sociedad civil, definiéndola como una esfera de relaciones sociales no regulada por el Estado que ejerce un poder coactivo (Bobbio, 1985), los siguientes dos autores pretenden un análisis más exhaustivo. El trabajo de Bobbio ofrece un marco más bien limitado de la sociedad civil pero tal vez entender que para ciertas personas la sociedad civil se limite a la definición de aquel que no pertenece al aparato estatal sirva como referencia al por qué se podría encontrar una connotación negativa atribuida a la participación en la política, una falta de interés sustentada en la percepción de incapacidad o ineffectividad de participación. Por otro lado, Cohen y Arato brindan otra perspectiva, relacionando la acción colectiva contemporánea con la sociedad civil y su aporte resulta realmente importante para este trabajo, ya que utilizan herramientas como la hermenéutica, analizan el concepto y los contextos en que surgen los movimientos sociales y brindan definiciones generales de la conducta colectiva, la cual dicen que, en resumen, “supone formas de asociación y de

estrategias propias del contexto de una sociedad civil pluralista moderna” (Cohen y Arato, 2001). Entonces, mientras que Bobbio plantea una definición más limitada y , se podría decir una versión más clásica de lo que es la sociedad civil, Cohen y Arato aportan con una visión más enfocada en la sociedad contemporánea, entendiendo pues los fenómenos sociales como multidimensionales y dependientes del contexto. Dentro de esta etapa de contextualización, también será incorporado en el trabajo el concepto de ciudadanía, planteado por Mauricio Hoyos como un derecho, como un deber ser. El artículo de Hoyos es relevante para este trabajo, pues pretende demostrar la falta de relación entre el “deber ser” y lo que en realidad es el derecho de ciudadanía ejercido por los jóvenes, siendo su trabajo enfocado principalmente en el caso de Colombia. Asimismo, en este trabajo se cuestionará si los jóvenes de hoy en día ejercen su derecho a ciudadanía, si tienen la capacidad o no de ejercerlo y bajo qué contexto, si lo ejercen como deber o si, teniéndolo como derecho, lo ignoran o lo refutan.

Una vez que se haya enmarcado la temática del trabajo dentro del concepto de sociedad civil, se puede incorporar el elemento juventud como parte de la sociedad civil, su relación con esta y su rol dentro de esta. Para hacer esto es necesario definir qué es la juventud, y cómo esta ha evolucionado a lo largo de los años, de manera que se pueda cuestionar el por qué de sus acciones o no-acciones. En este sentido, resulta interesante la definición de Britto, citado por Martín Hopenhayn, que establece que la juventud “se inicia con la capacidad del individuo para reproducir a la especie humana y termina cuando adquiere la capacidad para reproducir a la sociedad” (Britto, 1997, en Hopenhayn, 2005). No obstante, el mismo Hopenhayn, autor cuyo trabajo también será considerado en esta investigación, señala que hoy en día la juventud ya no se restringe a reproducir la vida de las generaciones anteriores, sino que los jóvenes son portadores de

cambio, sujetos que tienen mayor autonomía que los niños pero menor que los adultos (Hopenhayn, 2005). Por otro lado, también contribuye en este aspecto Manuel Garretón, quien enfocándose en la juventud chilena, plantea que el paradigma de la juventud de los años sesenta ha cambiado en relación con el de la juventud actual como resultado de transformaciones sociales en las sociedades, las cuales han dado lugar a diferentes ejes para conceptualizar a la juventud (Garretón, 1999). Brindando otra perspectiva, más bien negativa, Mario Sandoval, en su ensayo “La relación entre los cambios culturales de fines de siglo y la participación social y política de los jóvenes” denota a los jóvenes como objetos de preocupación para las autoridades, enfatizando que sus manifestaciones no guardan relación con las expectativas que de ellos se tiene (Sandoval, 2000). Así, enmarca a los jóvenes dentro de la categoría del “rebelde sin causa”, que abusa de drogas y alcohol sin preocuparse por la realidad que lo rodea, catalogación que precisamente este trabajo pretende contradecir. Sin embargo, ya que es importante considerar y analizar los distintos puntos de vista en la vasta literatura existente respecto a la juventud, el trabajo de Sandoval será incorporado como fuente para la investigación.

Como apoyo para contradecir la connotación negativa hacia los jóvenes de autores tales como Sandoval, se analizará el trabajo de Mauro Cerbino, quien en la obra “Más allá de las pandillas: violencias, juventudes y resistencias en el mundo globalizado”, recopila ponencias expuestas en la conferencia internacional del mismo nombre, dictada en Quito en Octubre del 2010. En su obra, Cerbino expone la problemática de la juventud tanto dentro de pandillas como fuera de éstas, es decir, la obra abarca una comprensión multidimensional de la realidad de la juventud actual para así identificar el por qué de sus actitudes. Además, la obra de Cerbino resulta particularmente relevante porque considera también el estigma social que limita y marginaliza a la juventud, de manera

que propone modelos de intervención con jóvenes y de política pública de juventud. En este sentido, en el presente trabajo se citará también otra obra de Cerbino, “Pandillas Juveniles”, en las que el autor critica el rol de las instituciones, cómo el problema de los jóvenes es mal diagnosticado y por tanto mal tratado, y cómo “las instancias formales de protagonismo, participación y decisión juvenil, que viabilicen la acción y gestión de los jóvenes, frente a los temas que les preocupan, son inexistentes” (Cerbino, 2004).

En la misma línea de Cerbino, es decir, tomando en cuenta autores que consideran a los jóvenes como sujetos cuya problemática hay que abordarla desde un enfoque multidimensional y quienes merecen espacios de participación los cuales se deben abrir, fundamentalmente a partir del diálogo, se utilizará una recopilación de textos incluidos en la edición del 2008 de la revista “Pensamiento Iberoamericano”. Aquí encontramos a Martín Hopenhayn, de la CEPAL, coordinando el trabajo de los varios autores que publican, y él mismo publicando el artículo “Inclusión y exclusión social en la juventud latinoamericana”, donde trata el tema de la inclusión de la juventud a partir de dos perspectivas: por un lado, habla de la disonancia que existe entre mayor educación-menor empleo, mayor información-menor poder, y por otro lado habla de la brecha entre el desarrollo de capacidades y la limitación de oportunidades por diferentes factores, ya sea lugar de origen, territorialidad, entre otras condiciones. De la misma publicación, se tomará el artículo de Néstor García Canclini: “Los jóvenes no se ven como el futuro: ¿serán el presente?”, donde habla de los enfrentamientos de la realidad del joven actual, desde la falta de empleo y oportunidades, hasta su consumismo, criticando al igual que Cerbino el rol de las instituciones al sostener que “por un lado, las acciones gubernamentales que quieren ocuparse de la juventud tratan de proveer lo que el mercado laboral no ofrece, lo que la familia desatiende o la escuela deja de dar;

por otra parte, hallamos que los jóvenes no se sienten tan descontentos con los desórdenes sociales o las relaciones poco estructuradas como con los gobiernos y los institutos para la juventud” (García Canclini, 2008). En esta crítica, sin embargo García Canclini más que hacer referencia al rol de las instituciones, demuestra una desconexión entre instituciones y juventud. Es decir, las primeras no logran satisfacer los intereses o necesidades de los jóvenes, al no atacar el problema desde la raíz sino tratando de cubrirlo con acciones que, contrario al resultado deseado, incrementan la percepción negativa de los jóvenes hacia ellas, al desencanto y deslegitimación que se les otorga a instituciones, gobernantes, y, tal vez, política en general. En esta línea, Dina Krauskopf, en el artículo “Dimensiones de la participación en las juventudes contemporáneas latinoamericanas”, también publicado en la revista “Pensamiento Iberoamericano”, plantea soluciones al problema. Lo que la autora sugiere es, pues, abrir espacios de comunicación en los cuales urge tender puentes que reduzcan las brechas generacionales. Afirmando que las instituciones estatales están desvalorizadas por los jóvenes, la autora sostiene que es necesario que estas se abran a las demandas y aspiraciones de la juventud, y hace un punto importante al mencionar que para que exista participación juvenil, los jóvenes deben tener espacios de reflexividad a partir de los cuales puedan ser, ellos mismos, capaces de poner en gestión los cambios que quieren ver en la sociedad. Es decir, la autora plantea que es posible que los jóvenes participen positivamente, es más, menciona cómo se forman agrupaciones juveniles y movimientos cuyo fin es participar fuera de la órbita política. Si se canalizan estos esfuerzos de agrupación y pensamiento de los jóvenes, pues, se puede lograr incorporar a los mismos en lugar de segregarlos en la sociedad, capacitándolos para, incluso, gestionar políticas públicas de su interés.

Finalmente, pasando de la teoría a la práctica, el presente trabajo de investigación encuentra sustento en casos reales en que los jóvenes de la actualidad han demostrado ser protagonistas de movimientos que buscan un cambio social y político. Estos casos reflejan la capacidad y la intención que tienen los jóvenes de ser sujetos de cambio, y cuyas acciones han logrado alterar la realidad de donde vienen. Es fácil mencionar al azar los casos más sonados de los últimos años, como el de los “Indignados” en España, las protestas estudiantiles en Chile, y las revueltas en lo que se ha llegado a conocer como la “Primavera Árabe”, por mencionar unos cuantos. No obstante, la publicación “Cómo los jóvenes cambian al mundo” de la UNESCO, del año 2011, pone cara, nombre y apellido a los jóvenes detrás de estas numerosas revoluciones, mencionando los casos mencionados y más, desenmascarando cómo fueron jóvenes en plena adolescencia quienes se movilizaron a través de redes sociales, marchas pacíficas, entre otras acciones colectivas, no sólo para hacerse escuchar sino para realmente lograr una transformación social. Encontrar estos casos, en los que los jóvenes se movilizan y logran un cambio, conlleva a analizar bajo qué circunstancias, con qué recursos o herramientas y por qué razones ciertos jóvenes sí logran cuestionar y demandar, y a partir de esto asociarse, agruparse y movilizarse. Lo importante para este trabajo, sin embargo, es argumentar que sí es posible ver en la juventud a sujetos de cambio, y la literatura hasta ahora revisada parece favorecer este argumento.



## Capítulo 1: ¿Qué significa ser joven?

En este capítulo se parte de la definición de Britto, quien señala que la juventud “se inicia con la capacidad del individuo para reproducir a la especie humana y termina cuando adquiere la capacidad para reproducir a la sociedad” (Britto, 1997, en Hopenhayn, 2005). Sin embargo, la categorización que se pretende dar al joven en este trabajo va más allá de su rol reproductivo, tanto biológico como económico. Aquí, pues, el joven será analizado como una pieza clave, como un individuo que juega un rol fundamental en la sociedad. Además, se considerará al joven como ciudadano, tomando el concepto de ciudadanía como un derecho, como un deber ser, y teniendo en cuenta también los conceptos revisados de sociedad civil.

Así como la definición de Britto implica un proceso de cambio en la vida de un individuo para que este llegue a la juventud, la autora Almudena Moreno nos habla de este proceso como una transición. Ahora, si bien la definición de Britto sirve para delimitar el periodo de juventud, lo estipulado por Moreno se enfoca más bien en el inicio de la vida adulta más que en el período de juventud en sí. La autora, al igual que Britto, hace hincapié en la capacidad reproductiva, en términos económicos, del individuo como señalización de que está iniciando su adultez. Así, sostiene que “la transición a la vida adulta es el resultado de experiencias vitales según las cuales el joven adquiere la independencia económica, constituye la formación de un hogar independiente y, en muchos casos, inicia o consolida las relaciones de pareja.”(Moreno, 2008).

Como vemos en ambas definiciones, en un contexto biológico, la juventud significa estar en un periodo ubicado entre la niñez y la adultez, un periodo en el que el individuo experimenta cambios fisiológicos y adquiere, como señala Britto, la capacidad de

“reproducir a la especie humana”, y al mismo tiempo experimenta un cambio interno en el que se va desarrollando su madurez emocional y mental. Es en este aspecto que el individuo forma su carácter, y, sin necesariamente dejar de cuestionar como cuando es niño, se plantea ideas más concretas y toma las medidas necesarias para ejecutarlas. En este proceso de cambio, el joven va adquiriendo las destrezas necesarias para lograr “reproducir a la sociedad” y lograr la independencia económica de la que habla Moreno.

Tomando en cuenta que, como sostiene Moreno, este proceso de transición se ve constituido por un conjunto de experiencias vitales, es importante recalcar que no todos los individuos viven una juventud similar, pues cada individuo tiene diferentes experiencias de vida las cuales producen resultados distintos, los cuales se manifiestan en diversas actitudes, mentalidades y planteamientos.

No obstante, y para propósitos de este trabajo, es importante enfatizar que parte del concepto de juventud implica que en este periodo el individuo adquiere, más allá de capacidades reproductivas tanto biológicas como económicas, capacidades de ser sujetos pensantes con búsqueda de cambios. En este sentido, es importante considerar que “los jóvenes dirigen y gestionan sus propias trayectorias vitales con mayor autonomía que en el pasado, sin embargo estas acciones siguen estando sujetas a determinantes institucionales, socioeconómicos y culturales que inciden en sus acciones, diferenciando claramente unas trayectorias de otras.” (Moreno, 2008) A partir de esta cita retomamos la importancia de considerar que existen diferentes trayectorias en el proceso de juventud de los individuos, pero también la capacidad de tomar control sobre sus acciones que en este periodo de juventud se adquieren.

Una vez que hemos enfatizado y re enfatizado la capacidad de autonomía tanto de acción como de pensamiento que adquiere el individuo en el periodo de juventud,

podemos pasar a definir al joven como pieza clave de la sociedad al convertirse activamente en partícipe de la ciudadanía. Tomando la definición de Hoyos, según la cual “el derecho a la ciudadanía es el derecho a vivir en un contexto físico y social que respete y dialogue con la diferencia, en un ambiente con igualdad de oportunidades y posibilidades de acceso a condiciones de vida digna y a estar incluido en un tejido social donde se reconozca y permita la capacidad de cada cual de incidir en las decisiones que le afectan, con capacidad de forzar la legalidad en pos del bien común” (Hoyos, 2003), es importante considerar que el joven posee pues derechos de ciudadanía y que, por tanto, se le debe conferir espacios de diálogo y participación en que el joven como ciudadano sea capaz de cuestionar y participar en, como dice Hoyos, decisiones que le afectan.

Como sostiene Dina Krauskopf, “es evidente actualmente que el saber no está sólo del lado de los adultos. Está de ambos lados. Eso implica que la relación tradicional en que el adulto preparaba al joven para ser lo que él había alcanzado, y que hacía de los adolescentes sujetos carentes de derechos y del reconocimiento de sus capacidades, se ha modificado.”(2008) Esto significa que el joven ya no es un sujeto subordinado a los dictámenes de los adultos, sino que es un sujeto capaz de reconocer y reclamar tanto sus deberes como sus derechos, lo cual encuentra sustento en el hecho que “en la segunda mitad de este siglo se crean las condiciones para establecer, de modo claro y explícito, que los niños y adolescentes tienen derecho a la ciudadanía. Esto queda concretado en la Convención de los Derechos del Niño, el instrumento jurídico de mayor aceptación en el mundo, pues todos los países, salvo dos, la han ratificado.”(Krauskopf, 2008) Adicionalmente, sostiene la autora, “ya no se trata sólo de la ciudadanía formal de ejercer el derecho al voto a partir de los 18 años, que dejaba por fuera a niños y

adolescentes, sino que se da importancia a las prácticas sociales entre el Estado y los actores sociales que dan significado a la ciudadanía.” (Krauskopf, 2008) Así, vemos que el joven, desde mucho antes de tener la capacidad legal para ejercer el derecho al voto, posee derechos y deberes como ciudadano, lo cual lo convierte indudablemente en pieza clave de la sociedad. Además, retomando la idea de que es en este periodo y proceso de transición en el que el joven va desarrollando un pensamiento más crítico y analítico, sin perder la curiosidad y la capacidad de cuestionar, resulta evidente que el joven desde mucho antes de votar juega un rol fundamental en la sociedad, pues es en el periodo de juventud en el que el individuo adquiere las herramientas para reconocer qué está bien y qué está mal en la sociedad en la que vive, qué se debe cambiar y qué se debe hacer para lograr este cambio.

A partir de esta contextualización del joven como sujeto con capacidad de plantear la necesidad de cambio, buscar y tomar las medidas para ejecutarlo, es que podemos pasar a encajar al joven dentro de un marco de sociedad civil y la importancia que este puede llegar a tener dentro de ella. Para esto es importante empezar señalando que, si bien el concepto de sociedad civil es uno controversial y complicado y que en muchos casos ha tenido una connotación negativa, pues autores como Norberto Bobbio la han definido como una “esfera de relaciones sociales no regulada por el Estado que ejerce un poder coactivo” (Bobbio, 1985), podemos ahondar en el tema para descubrir que el concepto de sociedad civil tiene implicaciones mucho más profundas. Así, pues, en la conceptualización que hace Norbert Lechner, descubrimos que “La referencia a la sociedad civil permite no sólo llamar a la resistencia, sino que dar nombre al *nosotros* que se convoca. Alude a la ciudadanía en un lenguaje no político..”(Lechner, 1994) En la misma línea, continúa el autor, “el fortalecimiento de la sociedad civil puede

significar, por el contrario, *crear* un asociacionismo cívico y *construir* un espacio público” (Lechner, 1994). Así, pues, vemos que la sociedad civil si bien implica una relación de redes sociales al margen de la acción estatal, tiene una connotación que no debe ser necesariamente negativa pues lo que hace, más bien, es delimitar una relación sociedad-Estado. Lo importante de esta relación es que enfatiza la capacidad de la sociedad de hacer responsable al Estado, de hacerlo responder a las necesidades de sus ciudadanos. En este marco de sociedad civil es que Cohen y Arato incluyen el tema de los llamados movimientos sociales y de la acción colectiva, explicando que “la acción no institucional-colectiva es una acción que no está orientada por las normas sociales existentes, sino que se forma para hacer frente a situaciones no definidas o no estructuradas” y que “la presión, descontento, frustración y agresiones resultantes hacen que los individuos participen en la conducta colectiva” (Cohen y Arato, 2001). Vemos, nuevamente, que la sociedad civil si bien implica acción fuera del aparato estatal, implica la acción de individuos cuya motivación es modificar algo que perciben como negativo.

En este marco de sociedad civil y participación ciudadana, en el que se entiende que participan individuos que cuestionan realidades, plantean necesidades y buscan cambios, es que podemos apreciar la importancia de la juventud en la sociedad. Como explica Krauskopf, “el viejo paradigma se apoyaba en el supuesto de que el cambio social debe modificar la estructura para que los individuos cambien. El nuevo paradigma que orienta la participación juvenil considera que el cambio social implica al individuo. Por lo tanto es necesario cambiar en el presente las actitudes individuales con autonomía.” (Krauskopf, 2008) Así, pues, el joven actual es tan crucial como el adulto que vota. Ser joven no implica, pues, tener simplemente la capacidad de reproducir

tanto biológica como económicamente, sino que implica ser un individuo activo en la sociedad, un joven que se independice no de lazos familiares, no de vínculos económicos, sino de esquemas de pensamiento que no le pertenecen o que ya no tienen sentido para él. El ser joven implica, pues, como dice el dicho “pensar fuera del cuadrado”, cuestionar como niño pero razonar con mayor madurez y así desarrollar un pensamiento propio en el que se tome lo mejor de lo aprendido, se reemplacen viejas con nuevas teorías y se ejecuten ideas. Así, vemos que el joven es un individuo complejo, un individuo que no es ni niño ni adulto, pero que es, indudablemente un actor social.

## **Capítulo 2: El estereotipo del joven actual**

En este capítulo se discutirá cómo los jóvenes de hoy en día son estereotipados por las generaciones que los preceden. Parece existir una brecha generacional, en la que las generaciones anteriores no comprenden a la nueva juventud, y viceversa, de manera que existe una relación antagónica entre ambas. Como resultado, a los jóvenes se les asigna, por regla general, estereotipos de violencia, rebeldía e incluso drogadicción, muchas veces sin fundamento y, cuando en realidad es el caso, se adoptan medidas que no atacan la causa del acto negativo sino al joven en sí. A través de planteamientos como el de Hopenhayn, quien sostiene que “los jóvenes populares están tan estigmatizados por los medios de comunicación, la policía y la opinión pública; ellos, los que viven el mayor desajuste entre capital educativo y oportunidades de empleo, los nómadas en la metrópoli, los no invitados a la fiesta del progreso, son pensados por los demás como candidatos a la violencia y a la droga”. (Hopenhayn, 2005) se entiende que la sociedad tiene una connotación negativa respecto a la figura del joven, llena de prejuicios. Así lo demuestra Mario Sandoval, quien en el ensayo “La relación entre los cambios culturales

de fines de siglo y la participación social y política de los jóvenes” denota a los jóvenes como objetos de preocupación para las autoridades, enfatizando que sus manifestaciones no guardan relación con las expectativas que de ellos se tiene (Sandoval, 2000). Además del lado rebelde y violento del joven, también hay quienes lo consideran como un sujeto pasivo, indiferente.

Cabe recalcar, sin embargo, que dichas actitudes, consideradas pasivas, de los jóvenes, deben ser comprendidas dentro de su contexto. Es decir, es fácil asumir que los jóvenes son menos participativos o están menos interesados en la política o en la vida de la comunidad en la que viven por impresiones que estos dan, pero realmente el caso de la falta de motivación y participación también puede ser entendido como un desencanto ante la sociedad y ante la política como resultado de patrones estructurales. Así, Hopenhayn habla de la juventud de hoy en día como “una población joven que en su mayoría se siente poco representada por la política y excluida del empleo, y para quien los canales de movilidad social parecen hoy más aleatorios que nunca.” (Hopenhayn, 2005) Esto sugiere que no se trata de una falta de interés, sino de una falta de inclusión de la juventud a la sociedad. Resulta irónico, pues, que la sociedad demande participación de un grupo de individuos, los jóvenes, a quienes se les cierran espacios para dicha participación. En este sentido, encontramos una contradicción en el texto de Mario Sandoval quien escribe que

“Para su desarrollo integral y armónico la sociedad actual necesita de la participación de los jóvenes; sin embargo, éstos se hacen visibles al conjunto de la sociedad a través de diferentes manifestaciones que no guardan relación con las expectativas que se tienen de ellos, ya sea por la desafección frente a la política, por el protagonismo que exhiben en actos de

violencia callejera, por el excesivo consumo de alcohol y drogas, y/o por la apatía generalizada que aparentemente manifiestan frente al mundo institucional, etcétera.”(Sandoval, 2000)

La contradicción radica en que la sociedad hace un llamado de participación a la juventud a la vez que cataloga a la misma dentro de un estigma que le niega toda posibilidad de protagonismo. De esta manera, se critica al joven como poco participativo pero a la vez “las instancias formales de protagonismo, participación y decisión juvenil, que viabilicen la acción y gestión de los jóvenes, frente a los temas que les preocupan, son inexistentes.”(Cerbino, 2004) No existe, pues, salida del estigma. Se critica a los jóvenes pero no se les otorga la posibilidad de mostrar sus ganas y capacidad de acción. Se los cataloga como sujetos pasivos pero no se le permite redefinirse, plantearse a sí mismos y demostrarse ante los demás como sujetos de cambio. Consecuentemente, señala Krauskopf, “la perspectiva estigmatizada de la adolescencia como problema social tiene un efecto *boomerang* y lleva a priorizar el control sobre la perturbación social que causan los jóvenes sin fomentar su desarrollo, resolver las situaciones ni reconocer su valor como sujetos de derechos y capital humano.” (Krauskopf, 2008) Se crea de esta manera un círculo vicioso, en el que el estigma produce exclusión, la exclusión inhibe la participación y esta falta de participación alimenta nuevamente al estigma.

Por otra parte, así como se debe considerar la “pasividad” del individuo dentro de un contexto, se debe hacer de igual manera con su llamada “rebeldía”. El estereotipo de rebelde sin causa está, pues, mal planteado porque la rebeldía de los jóvenes tiene, en efecto, una causa que la motiva. Ejemplo de esto es el caso de los indignados en España. “Para entender el porqué de los indignados sin duda hay que tener en cuenta la



grave crisis económica por la que atraviesa el país”, señala el Correo de la UNESCO en su edición del 2011, y sigue para explicar que “los jóvenes se rebelan porque su vida sólo ha sido sufrimiento y porque sus padres y familias sólo han conocido el dolor, las guerras y los padecimientos. No son destructivos.”(UNESCO, 2011) Ahora, esto no es una justificación a actos de rebeldía e insurgencia, pues en la misma edición la UNESCO afirma la necesidad de enseñarles a los jóvenes que la lucha pacífica es el mejor arma para lograr los objetivos planteados, pero lo que estas citas pretenden comunicar es que la reacción de los jóvenes es resultado de historias de vida en las que se ha vivido maltrato, ya sea en el ámbito familiar, laboral o institucional. Así, pues, la UNESCO explica que en el caso de los jóvenes españoles “es el estigma de una generación que, a pesar de estar mejor preparada que nunca, se siente maltratada por el mercado laboral e ignorada por el sistema” (UNESCO, 2011) lo que produce su levantamiento.

Pero las causas de rebeldía de los jóvenes españoles parece traspasar fronteras, pues como señala Hopenhayn, “los jóvenes latinoamericanos viven hoy con mayor dramatismo que el resto de la población una serie de tensiones o paradojas que reconstruyen su identidad bajo la forma del conflicto”. (Hopenhayn, 2005) Vemos, pues, que la actitud de los jóvenes a nivel mundial parece ser resultado de una serie de paradojas entre ellas la ya mencionada contradicción entre la crítica a la pasividad acompañada de la falta de espacios de participación.

Ahora, de dónde o por qué surge este estigma que les niega participar a los jóvenes es una cuestión más de fondo. Una forma de verlo es la siguiente:

“El estigma nace entonces desde la raíz de la modernidad, a saber, desde el sujeto de categorías claras, centrado en su potencial productivo y económico, y

en su capacidad de control y manipulación. Sujeto industrioso y eficiente que se hace fóbico respecto de aquello que lo desvía de su trayectoria”.

(Hopenhayn, 2005)

A partir de esta cita vemos que el estigma surge de las generaciones anteriores, de los que alguna vez fueron jóvenes y ahora no comprenden ni quieren comprender a los que viven su momento de juventud. Resulta interesante considerar el por qué de este no querer comprender: siguiendo la cita de Hopenhayn, se entiende que los adultos, sujetos de modernidad, sienten que la juventud de hoy irrumpe en su orden, en su esquema de lo que es y cómo debe ser la sociedad. Se desprende de esto el potencial de cambio que tienen los jóvenes y cómo el mismo es percibido por las generaciones anteriores como una amenaza. Se podría considerar, por ejemplo, el caso de las tradiciones. Los adultos son mucho más aferrados a la tradición, la cual quizás les fue impuesta y que ahora ellos quieren imponer, pero los jóvenes modifican esas tradiciones, intentando crear nuevas y propias. Asimismo, los jóvenes cuestionan elementos y doctrinas del pasado, incluso cuestionan la realidad del presente, y si bien estos cuestionamientos no pueden ser propiamente rechazados, al negar espacios de participación se imposibilita el palpar estos cuestionamientos, el transformarlos en acción.

Retomando el planteamiento de Krauskopf al hablar del efecto *boomerang* del estigma, se reafirma que el cerrar canales de comunicación y espacios de participación a los jóvenes tiene un efecto negativo. Como ejemplo, podemos mencionar que “desde una perspectiva de las pandillas, la violencia social, global, local e individual tiene raíces en un sistema “formal” excluyente... es decir, a causa de un conjunto de factores de índole económica y política.” (Cerbino,2004). Nuevamente, no se trata de una justificación a la violencia juvenil, pero es una aproximación a la misma desde otra perspectiva, desde la

del joven excluido. Se toma la violencia, entonces, como último grito de expresión; no como un acto de rebeldía, sino como un pedido a ser escuchado.

Ahora, es importante considerar ambos lados de la moneda. Si bien se ha estipulado que son las generaciones predecesoras quienes han estigmatizado a la nueva juventud, también se ha mencionado que se trata de una brecha generacional en la que los adultos no comprenden a los jóvenes ni viceversa. Se debe reconsiderar este planteamiento, del cual se desprende que los jóvenes constituyen el otro lado de la moneda. Así, pues, si los jóvenes no quieren ser catalogados como rebeldes sin causa, violentos y pasivos, estos deben contradecir con sus acciones el estigma que se les impone. Como indica Mario Sandoval, “el gran desafío de los jóvenes [...] del próximo milenio es relacionarse con una sociedad y un modelo económico que los seducen a consumir y a participar de las modernizaciones, de los éxitos económicos; pero al mismo tiempo los rechazan, los excluyen, los ignoran y/o los castigan por su condición juvenil, en un contexto mundial de mutación cultural.”(2000) Los jóvenes, por tanto, no enfrentan solo paradojas y contradicciones sino también desafíos. Deben buscar espacios de participación, que sí los hay, aunque sean escasos, y, si no encuentran, deben luchar por construirlos. Pero no deben luchar con actos de violencia e insensatez que dan razones para que se los estigmaticen, sino que deben contradecir a los estigmas existentes.

Notamos, pues, que se manifiestan, en palabras de Sandoval, “dos tipos de juventudes, una situada en aquel estrato social capaz de generar cambios y reivindicaciones si fuese necesario, y otra más bien marginal, imposibilitada de integrarse socialmente.” (2000) Dentro de qué categoría será enmarcado, depende en gran medida del mismo joven. Si quiere ser catalogado como sujeto de cambio, cuyas ideas nuevas para las generaciones anteriores conducirán al progreso, debe probarse como tal. Debe canalizar sus pasiones

y su fervor y transformarlo en acción, en una lucha de ideas, no de armas. Ahora bien, así como depende en gran medida del joven, también depende del resto de la sociedad. Si realmente se espera una mayor participación juvenil y si lo que se busca es que el joven se haga presente de manera no violenta, se debe reconocer y valorar su capacidad de cambio y no perpetuar su exclusión y marginación.

Vemos, entonces, que el joven responde a parámetros estructurales de la sociedad. El joven tiene en sí mismo un enorme potencial y capacidad de actor social pero se le debe permitir expresarlo. Caso contrario, el estigma y el estereotipo lo encierran y reprimen, impidiendo que salga el joven actor sino el joven violento, el joven desesperado, resentido. Dicha apertura de la sociedad a la juventud, no obstante, debe ser real; no debe darse el caso que señala Sandoval en que “la creación juvenil de nuevos canales que les permitan alternativas de participación, de nuevas formas asociativas, se genera a partir de intereses específicos, concretos, sin representación de cuestiones que trasciendan la respuesta a la demanda planteada.” (2000) Por el contrario, la apertura de la sociedad a la participación juvenil debe ir acompañada de un entendimiento de la realidad que viven los jóvenes de hoy en día, junto con una provisión de herramientas que les permita visualizar y luego palpar sus ideales y su interés de lograr un cambio positivo.

Esto último resulta crucial, pues como se mencionó anteriormente, la violencia y rebeldía juvenil es en gran medida producto de un desencanto ante la estructura de la sociedad. Si se comprende que “la voluntad de participación ciudadana en el mundo juvenil tiene como base la confianza en las instituciones, cuestión que está lejos de darse, así como también la conciencia juvenil de influir y ser escuchados por las mismas.”(Sandoval, 2000) es evidente que la falta de participación juvenil, además de

deberse a las puertas que se le cierran, se debe a una percepción de los jóvenes de que no hay quien se interese por escucharlos e integrarlos. Por tanto, así como se debe romper el estigma del joven no participativo, se debe romper el estigma de las instituciones como instancias excluyentes. Y, así como el romper el estigma que se les ha otorgado depende de los jóvenes quienes pueden contradecirlo por medio de su acción, el romper el estigma asignado a las instituciones por los jóvenes depende de las mismas, y pueden contradecirlo por medio de la inclusión.

### **Capítulo 3: Las instituciones como centros de marginalización**

Este capítulo revela la realidad tras las instituciones que pretenden ayudar a los jóvenes catalogados como problemáticos. Estas instituciones, basadas en los prejuicios y estereotipos que se tiene acerca del joven, no ayudan a solucionar el problema pues no atacan al mismo desde la raíz. Más bien, estas instituciones reprimen al joven, conduciendo a una marginalización en lugar de integrarlo. En un trabajo específicamente relacionado al tema de las pandillas, Mauro Cerbino escribe que la violencia tiene raíces en un sistema excluyente, al mismo tiempo que cuestiona el juzgar a los jóvenes entre 14-17 años como adultos o con mayor dureza, explicando que esta represión no hace más que conducir a un espiral de mayor violencia, “pues se privilegia el uso de ella como recurso en el intento de eliminarla” (Cerbino, 2004). Finalmente, señala que los centros de rehabilitación “tienden más bien hacia una mayor marginación, y demuestran más bien la intención de que los “sujetos problemáticos” sean excluidos del espacio público hasta no ser rehabilitados.” (Cerbino, 2004) Resulta cuestionable, pues, la verdadera intención tras las instituciones diseñadas para la rehabilitación y la reinserción de la juventud. Y, si así es el caso, entonces es necesario

desmantelar las prácticas erróneas por las que las estrategias de rehabilitación implementadas son y han sido contraproducentes.

“Estar “socialmente incluido” tiene varios sentidos [...] En primer lugar, implica acceder a mínimos de bienestar y de protección conforme al nivel de desarrollo de la sociedad” (Hopenhayn, 2008), escribe Martín Hopenhayn en “Inclusión y exclusión social en la juventud latinoamericana”. Evidentemente, este enunciado está en completa contradicción con lo mencionado por Cerbino en la cita del párrafo anterior. Es fácil notar, pues, que los centros de rehabilitación para los jóvenes “problemáticos” no contribuyen a su inclusión e inserción a la sociedad sino, por el contrario, perpetúan su marginalización y acentúan los estereotipos. Nuevamente vemos la contradicción latente en la marginación y la supuesta cura, que es en verdad la raíz del problema. Las instituciones actuales son causantes del problema en el sentido que no brindan a los jóvenes salidas a la razón de su malestar, que, como se ha mencionado ya, es producto de diversas situaciones que marcan las diferentes historias de vida. En lugar de brindar apoyo y salidas de estas situaciones, las instituciones que pretenden rehabilitar al joven intensifican su disconformidad con la sociedad y sus estructuras al utilizar mecanismos de control y de represión que justifican una desconfianza por parte de la población juvenil. Además, las instituciones carecen de legitimidad pues no ponen en práctica estrategias que realmente ataquen al problema que pretenden solucionar, sino que carecen de objetivos claramente definidos y de un plan de acción consistente con los mismos. Así lo expresa claramente Dina Krauskopf quien sostiene que “siempre han existido políticas que conciernen a la juventud, pero, en general, estas no se han caracterizado por estar expresamente orientadas a las juventudes y, menos aún, para incluirlas en el desarrollo nacional.” (Krauskopf, 2011) De forma que si no existe un

plan de acción bien estructurado y dirigido realmente hacia la problemática de la juventud, se fallará en el intento de rehabilitar e integrar al joven en la sociedad.

Uno de los problemas de las instituciones, por otro lado, es el uso de la violencia y la represión utilizada para poner fin a la rebeldía de la juventud. “La respuesta política más frecuente ha sido el poder represivo y la acción violenta”, señala Krauskopf. (2011) Todavía más grave es cuando el control y la represión son puestos en práctica de modo indiscriminado, por sospecha, como escribe Krauskopf que es el caso en cuanto a pandillas y maras (Krauskopf, 2011) En estos casos se da un abuso de poder, y esto fomenta en los jóvenes reprimidos, sobretodo en quienes son reprimidos indiscriminadamente, un temor pero también un odio y resentimiento hacia las instituciones y quienes las operan. Así, pues, no es raro escuchar casos de jóvenes que desvaloricen el trabajo de la Policía Nacional, por ejemplo. Además, la represión ejercida por las instituciones son causa más que solución del problema en tanto que enseñan que “puede llegarse al control de la violencia a través de prácticas violentas.” (Krauskopf, 2011) Es decir, se les enseña a los jóvenes a quienes se pretende sacar de un espiral de violencia y de ambientes malsanos a atacar estos males con el mismo mal. No se les plantea otra visión del mundo, no se les enseña que existe viabilidad para otras y mejores alternativas que no impliquen violencia. De esta manera, escribe Krauskopf, “en los países donde domina este enfoque, parece darse un debilitamiento de las posibilidades de desarrollar estrategias sostenibles para la implementación de políticas avanzadas de juventud.”(Krauskopf, 2011) Vemos, pues, que las instituciones a través del uso de la violencia pierden la capacidad de adoptar medidas correctivas que realmente ataquen el problema de fondo, por lo que no es sorprendente que no puedan erradicar de raíz al problema.

El uso de la violencia y el abuso de poder en las instituciones se debe también a un mal manejo del personal encargado. Esto es, no se pone a cargo del centro de rehabilitación a personas lo suficientemente preparadas e instruidas para cumplir con los objetivos de rehabilitación y, nuevamente, esto contribuye a la poca efectividad y legitimidad de las instituciones. Un ejemplo es el caso de la cárcel, donde “el control disciplinario en manos de algunos reclusos da lugar a situaciones de abusos de poder que pasan por el maltrato y llegan hasta los homicidios. Rocha plantea que, así como la calle es la escuela del delito, la cárcel es la universidad.” (Scandroglia et al, 2011) Esta cita, además, tiene implicaciones sumamente serias y graves si se considera que los centros de rehabilitación, en lugar de cambiar los patrones de conducta negativa en los jóvenes, introduce nuevos. Es decir que los jóvenes no aprenden mecanismos para integrarse en la sociedad como actores sociales con actitudes positivas, sino que aprenden a seguir enfrentándose a las situaciones de las que se los quería sacar, ahora con nuevos mecanismos de defensa, pero también con nueva capacidad de ofensa.

Así, Silvia Guemureman explica que “en la confrontación con la Policía y las fuerzas del orden, se desarrolla una nueva cultura de la virilidad, que se expresa en la medición del capital guerrero, que a su vez, en clave bourdiana, podría pensarse como un nuevo capital social, donde la fuerza física es la que, a falta de otros recursos materiales y simbólicos, compensa algunas carencias...”(Guemureman, 2011) Esto significa que el abuso de poder y violencia puesto en práctica en las instituciones de rehabilitación para los jóvenes les enseña que hay que ser duros para sobrevivir, y enfatiza la importancia de, como dice la autora, la fuerza física en lugar de recursos materiales y simbólicos como lo podrían ser la educación, la solidaridad y la confianza. Es, pues, contraproducente en este sentido la acción institucional cuyo propósito es solucionar el



dilema de la “juventud problemática”, pues las prácticas institucionales no ayudan a los jóvenes a salir de un contexto donde prima la violencia y la inseguridad.

Asimismo, la ineficacia de las instituciones rehabilitadoras de juventud se debe a la falta de un programa de rehabilitación estructural, donde se comprenda la realidad de la problemática de la juventud en toda su complejidad. Un enfoque integral es crucial para lograr una solución efectiva, como estipula claramente Krauskopf: “Toda estrategia de prevención que pretenda ser válida, eficaz y justa debe centrarse más en las causas que en los efectos” (2011), pues las instituciones deben ofrecer soluciones a los diferentes problemas por los que pasa la población juvenil, en lugar de, como se ha dicho, ser causantes de estos. Como explica la autora, un enfoque integral debe incluir un marco de acción en el que se enfatizan los derechos, se expliquen variables como la historia y la cultura de la sociedad, se consideren aspectos psicológicos del individuo y, además, se profundicen conocimientos sobre las “características contemporáneas de la juventud.” (Krauskopf, 2011) Lógicamente, para que una institución que pretenda trabajar con jóvenes sea efectiva, el primer paso es el conocer la realidad de los jóvenes y las problemáticas por las que atraviesan. Adicionalmente, es importante delimitar qué área o áreas de la problemática del joven se intenta solucionar, y a partir de esta delimitación establecer un marco de acción con objetivos y estrategias claras, que se vean reforzadas por una intervención preparada adecuadamente para producir el efecto esperado en los jóvenes. Caso contrario, las instituciones seguirán siendo inefectivas y, en lugar de ayudar al joven a limpiar su imagen y borrar los estereotipos que correcta o incorrectamente se les asigne, perpetuarán su marginación en la sociedad.

## Capítulo 4: La paradoja de la educación

En este capítulo se explicará la paradoja que existe en la educación, en el sentido de que los jóvenes de hoy, si bien están más educados que los jóvenes en épocas anteriores, tienen menor capacidad de participación, así como altas tasas de desempleo. De esta manera, los jóvenes tienen mayor acceso a información pero menor capacidad de ejercer poder. Esto es percibido como injusticia por los jóvenes, muchos de los cuales se han movilizado en los llamados movimientos de los “Indignados”. Esta paradoja entre mayor educación, menor acceso al empleo es latente, tal y como menciona Hopenhayn: “Las metrópolis latinoamericanas están repletas de jóvenes con los más altos niveles de desempleo, que ya no se sienten movilizados por utopías políticas, que se perciben como ciudadanos de tercera o cuarta categoría y a muchos sólo les queda la opción de gratificaciones cada vez más efímeras y menos ligadas a un proyecto de vida.” (Hopenhayn, 2005) De igual manera, sostiene García Canclini que “en las anteriores etapas de modernización, la escuela y la calificación eran factores decisivos para insertarse en el mercado laboral, avanzar hacia mejores posiciones, salarios y prestigios. En lugar de esos recursos ahora cuentan más los contactos familiares y de personas conocidas, el manejo fluido de muchas tecnologías y la sociabilidad generacional”. (García Canclini, 2008) Por tanto, existe una brecha entre educación y participación, lo cual limita los canales de movilidad que poseen los jóvenes de hoy en día, y mientras que a unos los indigna, a otros los desmotiva. Este capítulo demuestra que los jóvenes no son, pues, rebeldes sin causa. Son, por el contrario, jóvenes con la causa más justa: jóvenes que buscan hacer valer sus capacidades, sus valores, su educación. Jóvenes que luchan contra el estereotipo y que, como lo demuestran los casos contemplados en la publicación del 2011 de la UNESCO, “luchan por el empleo, la gratitud de la

educación y los servicios de salud, la justicia social y la libertad de expresión, y sobre todo por la democracia”.(UNESCO, 2011)

La paradoja que enfrentan los jóvenes de hoy es, pues, que si bien tienen mayor nivel de educación que los jóvenes de épocas anteriores, esta parece ser insuficiente para el mundo en el que viven, lo cual es definido por Hopenhayn como una *devaluación* de la educación, “a saber: la misma cantidad de años de escolaridad representa cada vez menos en términos de ingresos esperados por retorno a la educación en el empleo”. (Hopenhayn, 2008) Esto se debe, en gran parte, a que a medida que aumentan los años de educación de los individuos en una sociedad, al mismo tiempo aumentan los años de educación del promedio de la población, entonces cada nivel de año escolar se ve “devaluado” a medida que más miembros de la sociedad tienen acceso a él. Por otra parte, la llamada devaluación se produce porque existe un “desajuste formativo/laboral” que se ejemplifica en la “sobre-educación” y en la “falta de formación y cualificación profesional” (Moreno, 2008) Es decir que la educación recibida ya no es suficiente para los puestos de trabajo de hoy en día pues, como explica Moreno, “las demandas del mercado no están cambiando al mismo ritmo que el sistema de cualificaciones del sistema educativo.”(Moreno, 2008) Entonces, existen hoy en día trabajos que exigen mayores títulos de formación académica, por un lado, y otros que, más que méritos académicos, exigen creatividad, flexibilidad, espontaneidad, entre otras cualidades no necesariamente estandarizadas ni medibles. Ante estos cambios y nuevas exigencias del mercado laboral, “los jóvenes entienden su vida como un devenir marcado por el riesgo, la incertidumbre, la precariedad y la reversibilidad.”(Moreno, 2008)

Por otro lado, los jóvenes que encuentran bloqueado el acceso al empleo perciben en gran parte este obstáculo como intención de los adultos, quienes en muchas ocasiones,

por su parte, perciben como amenaza a los jóvenes no sólo por las llamadas “conductas de riesgo” como la violencia y la drogadicción, sino “porque la juventud está más capacitada para el relevo productivo y comunicativo en la emergente sociedad de la información.” (Hopenhayn, 2008) De esta manera los jóvenes encuentran una doble contradicción ya que por un lado se les exige mayor capacitación en ámbitos de comunicación, informática y tecnología pero al mismo tiempo se teme su preparación en dichos ámbitos. Entonces, los jóvenes se hallan en una situación de injusticia e insensatez, por lo que se produce en ellos reacciones como la de “*indignarse*”. Algunos jóvenes, sin embargo, no reaccionan en forma de protesta o de lucha por superar la paradoja que atraviesan sino que, como explicaba Hopenhayn en la cita expuesta a inicios de este capítulo, al percibirse a sí mismos como ciudadanos de menor categoría, y con opciones cada vez menos ligadas a proyectos de vida, se convierten en los ciudadanos pasivos e indiferentes que la sociedad, a través del estereotipo, concebía. Por tanto, es como si, a partir de dicho estereotipo, se formara al joven.

Si bien se puede romper el estereotipo a través de la acción contraria al mismo, lo cual en este caso depende del joven que es el sujeto estereotipado, se debe, al menos, permitir el acceso a herramientas que contribuyan a la formación y participación del joven de manera que este pueda romper con los estereotipos que le son asignados. Por tanto, se le debe reconocer el valor de su educación y la importancia de su participación en la sociedad, invitándolo al ejercicio de la ciudadanía activa. Si la crítica al joven como sujeto rebelde y violento o pasivo e indiferente pretende ser constructiva, se debe, pues, canalizar las actitudes de los jóvenes hacia el bien común, pero esto sólo será posible si, en vez de obstaculizar las iniciativas de la juventud bloqueándole acceso al empleo y a la participación ciudadana, se le abren espacios de comunicación y

participación, demostrándole que no es un ciudadano de cuarta categoría sino tan de primera como los adultos. Sólo así el joven valorará su propia educación y se verá motivado a seguir instruyéndose y preparándose por ser un miembro de calidad en la sociedad que habita.

## **Capítulo 5: El joven como sujeto de cambio**

Este capítulo se desprende directamente del capítulo anterior. Aquí se hará evidente que los jóvenes no son seres pasivos ni rebeldes sin causa, sino que son protagonistas del presente en búsqueda de cambio y justicia, tomando en consideración casos recientes y actuales, presentados por la publicación “Cómo los jóvenes cambian al mundo” del Correo de la UNESCO. Estos casos muestran las experiencias de jóvenes alrededor del mundo cuya acción ha impulsado movimientos de protesta contra el sistema de donde pertenecen. Tales casos reflejan la actitud de jóvenes que reclaman empleo, participación política y justicia social, y que son ejemplo de cómo la juventud puede por diversos medios movilizarse y hacerse escuchar. Esto se ve reforzado, además, por la autora Dina Krauskopf quien, refiriéndose a las luchas de los estudiantes chilenos por derogar la ley de educación remanente de la dictadura, señala que “la idea de que los jóvenes luchan sólo por metas simbólicas y no se involucran en el logro de sus propias condiciones materiales no puede sostenerse.” (Krauskopf, 2008)

María Luz Morán y Jorge Benedicto, autores del artículo “Los jóvenes como actores sociales y políticos en la sociedad global” incluido en la publicación del 2008 de Pensamiento Iberoamericano, nos hablan de cómo la visión del joven construida en torno a significados de compromiso, desafío a lo establecido, innovación cultural y politización que se forjó a finales de los años sesenta y principios de los setenta contrasta con su posterior evolución (Morán y Benedicto, 2008). Esta postura es

debatible por dos razones primordiales. Por una parte, puede ser cierto que esta visión se haya forjado entre los sesenta y setenta, pero también es cierto que el joven como sujeto que lucha contra lo establecido, comprometido, innovador y político, se manifestó desde mucho antes, como lo ejemplifica el caso de la juventud de Córdoba que, en 1918, exigía el reconocimiento de sus derechos: derecho de pensamiento, derecho de participación en el gobierno, en fin. Por otra parte, es debatible el planteamiento de que los significados que permitieron la construcción de una visión del joven en los sesenta y setenta contrasta con la de hoy. Ahora bien, puede que el contraste se de en la *visión*, pero aquí cabe recalcar que se trata de una diferente percepción, mas no porque los jóvenes de hoy no posean, como los de antes, niveles de compromiso y de desafío a lo establecido. Así lo ponen de relieve los casos de juventudes a nivel mundial que se han rebelado en contra de las injusticias a las que los sometían sus sociedades, lo cual podemos evidenciar en el testimonio de Emna Fitur, joven protagonista de la revolución en Túnez: “...Pero ese día, y otros muchos más, lo que hice sobre todo fue gritar desde el fondo de mi alma: “¡LÁRGATE!”... Hasta que Ben Alí se largó por fin del país. Todo mi anhelo era acabar con un régimen en el que los jóvenes se habían convertido en sus víctimas más vulnerables” (UNESCO, 2011). La actitud de los jóvenes tunecinos fue en respuesta a un sistema educativo caracterizado por la precariedad, la inestabilidad y la politización, lo cual “habían hecho que los jóvenes nos sintiéramos decepcionados, explotados y asfixiados”, explica Fitur (UNESCO, 2011) Sin embargo, y en contradicción al estereotipo del joven de hoy como sujeto pasivo e indiferente, estos jóvenes se rebelaron, y no como rebeldes sin causa, sino que, como nuevamente lo expresa Fitur, “nuestro levantamiento fue un acto de supervivencia. Nuestra acción futura se orientará hacia la construcción de un nuevo país.” (UNESCO, 2011) En estas manifestaciones vemos que el espíritu de

compromiso, aspiración al cambio y a la participación política y social de los jóvenes de épocas anteriores, sigue latente en los jóvenes de hoy.

El ejemplo de la juventud de Túnez no es, además la única manifestación de los jóvenes de hoy como sujetos de cambio. Entre otros, podemos mencionar el caso de la juventud egipcia donde Gigi Ibrahim, una chica de apenas 24 años, que “encarna el modelo de revolucionaria árabe” (UNESCO, 2011) movilizó a todo el país hasta derrocar el régimen autoritario y lograr instaurar, al menos las bases, para un proceso democrático. Por otro lado, también podemos mencionar a los jóvenes españoles cuyo movimiento, que empezó el 15 de mayo de 2011 y que tuvo alcances inesperados, llegó a ser conocido como el movimiento de los “Indignados”. Si bien los jóvenes “indignados” no se rebelaban contra un gobierno dictatorial o autoritario, tampoco se trata de un grupo de rebeldes sin causa, pues no solo que su movimiento se caracterizó por la lucha pacífica sino que su levantamiento tuvo una razón, siendo esta la grave crisis económica por la que atraviesa el país y cómo la misma ha afectado a los jóvenes.

Entre los casos de las revueltas juveniles en la llamada primavera árabe, los indignados en España, y los estudiantes chilenos, por nombrar unos cuantos, se evidencia que los jóvenes de hoy son sujetos no solo sujetos rebeldes, violentos, ni pasivos o indiferentes. Por el contrario, son jóvenes comprometidos al cambio y a la búsqueda de justicia en su sociedad, capaces de luchar por ideales políticos, por educación y trabajo.

Lo que ha cambiado, por tanto, no es el deseo del joven por ser un actor social participativo. Lo que ha cambiado es la forma de participación. Como se ha mencionado en los capítulos anteriores, los jóvenes de hoy viven una serie de paradojas que los desmotiva y los desencanta, por lo que no es sorprendente que desconfíen de la política y de los políticos, de las instituciones e incluso de los adultos. Sin embargo,

ante estos desafíos, los jóvenes han buscado, y en muchos casos encontrado, vías alternativas. Por tal razón, “hallaremos menos jóvenes en los viejos canales de la vida democrática (partidos políticos, sindicatos), frente a un número mayor que sí se implican en este “nuevo” tipo de organizaciones” (Morán y Benedicto, 2008). Se encuentran, pues, jóvenes involucrados en nuevas formas de activismo orientadas a causas concretas, ya sean ecológicas, pacifistas, humanitarias, de consumo. (Morán y Benedicto, 2008) De manera que vemos a los jóvenes no menos involucrados que antes, sino involucrados de otra manera, con nuevas formas de asociación y nuevas formas de construir identidades.

En el ámbito de nuevas formas de asociación cabe mencionar la relevancia que en este aspecto ha adquirido la tecnología. Como explica Krauskopf, “nuevas modalidades más coyunturales y específicas son las que reflejan el compromiso político participativo de las juventudes, donde las nuevas tecnologías de información y comunicación (TIC) son decisivas para recrear formas de participación, espacios de referencia y generación de pautas de asociatividad juvenil por el expediente de redes interactivas.”(Krauskopf, 2008). Vemos, pues, que los jóvenes han descubierto nuevas formas de asociarse y de manifestar su necesidad de participación así como su búsqueda de cambio, incorporándose además a un mundo cada vez más globalizado, a través de herramientas como los teléfonos móviles y el Internet. Estas nuevas herramientas pueden reforzar antagonismos generacionales, pues muchos adultos no conocen o no comprenden estas nuevas modalidades de comunicación. No obstante, como las juventudes de cada época han tenido su forma de manifestarse, la juventud actual se manifiesta a través de nuevas tecnologías. El impacto de las mismas es supremo, y se ve ejemplificado nuevamente por las revueltas juveniles en el mundo árabe y en España. Por ejemplo, en Egipto, la



joven Gigi Ibrahim movilizó al país entero por medio de una campaña lanzada en las redes sociales Facebook y Twitter, además del envío de mensajes desde su teléfono móvil. Por otra parte, los indignados en España empezaron con una convocatoria a través de la página Web “Democracia Real Ya” y, gracias a los medios de comunicación, el movimiento inicial del 15 de mayo tuvo réplicas en todo el país.

En lugar de concebir una visión del joven actual como contrastante con el ideal de joven revolucionario e idealista del pasado, es importante reconocer que la búsqueda, la confrontación, la inquietud y la perseverancia siguen presentes en los jóvenes de hoy en día, y entender que su forma de manifestarse ha cambiado pero porque han aparecido nuevos mecanismos de expresión así como nuevas contradicciones en las vidas y sociedades de las juventudes contemporáneas. El joven de hoy, que se enfrenta a paradojas e injusticias, sí lucha contra las mismas, tal y como lo demuestran los casos contemplados en la publicación de la UNESCO y aquí mencionados, tiene, pues, el potencial de ser sujeto de cambio, potencial que muchos jóvenes de la actualidad buscan explotar.

## **Capítulo 6: Abriendo puertas, tendiendo puentes, creando caminos**

Cerbino señala que “las instancias formales de protagonismo, participación y decisión juvenil, que viabilicen la acción y gestión de los jóvenes, frente a los temas que les preocupan, son inexistentes.” (Cerbino, 2004) Junto con los estereotipos, pues, las instituciones inefectivas contribuyen a una marginalización del joven que no ocasiona más que resultados contraproducentes, los cuales muchas veces se manifiestan en las actitudes negativas de los jóvenes, de manera que se crea un círculo vicioso de antagonismos entre el joven y quien lo reprime. Sin embargo, como los dos capítulos anteriores han pretendido demostrar, los jóvenes sí tienen intereses e ideales por los

cuales luchar. Tienen, pues, metas y objetivos que pretenden alcanzar, pero si se les cierran los espacios no podrán lograrlo. Por tanto, se tomará en cuenta la postura de autores como Dina Krauskopf, quien en el artículo “Dimensiones de la participación en las juventudes contemporáneas latinoamericanas”, plantea como solución al problema abrir espacios de comunicación en los cuales urge tender puentes que reduzcan las brechas generacionales. (Krauskopf, 2008). Este capítulo enfatiza, pues, la necesidad de abrir espacios de comunicación y participación con el objetivo final de lograr una mayor comprensión del joven y su dilema, permitiéndole ejercer a plenitud sus deberes y derechos como ciudadano y reconociendo su capacidad de ser sujeto de cambio.

Como se ha visto en los capítulos anteriores, una de las principales causas de la marginación del joven es la brecha intergeneracional, ya que jóvenes y adultos no se comprenden, ni intentan hacerlo, y por tanto cierran canales de comunicación y participación mutuamente. Este mecanismo de defensa puesto en práctica por ambas generaciones es desfavorable no sólo para los jóvenes que resultan marginados, sino para la sociedad en general, si se toma en cuenta que “los jóvenes tienen un papel enorme, porque son quienes están sintiendo lo que es el presente y presintiendo cómo se proyectará al futuro.” (Krauskopf, 2008) Por el contrario, si las sociedades se conectan generacionalmente podrían enriquecerse mucho más, al aportar los adultos con experiencias y lecciones de vida a los jóvenes y los jóvenes a los adultos con una nueva visión e ideas innovadoras para el futuro. De esta manera, además, se incrementaría el capital social de la sociedad, pues al haber un mayor entendimiento y aceptación entre ambas generaciones, habría menos antagonismo y mayor capacidad de cooperación. De esta manera, se integrarían los intereses de la colectividad y por tanto se podría encaminar hacia una acción conjunta por satisfacerlos.

Reducir la brecha y el antagonismo entre jóvenes y adultos requiere, como señala Krauskopf, del diálogo intergeneracional y el reconocimiento mutuo. Para esto, los jóvenes “requieren de participación que los valide en su calidad de sujetos.” (Krauskopf, 2008) Esto quiere decir que si las sociedades quieren jóvenes proactivos, comprometidos y luchadores, se les debe reconocer su valor como actores. En este sentido, Krauskopf nos habla de una tríada de participación, compromiso y empoderamiento de los jóvenes, la cual se da cuando a estos se les permite iniciar la acción conjuntamente con los líderes de su comunidad, de manera que ellos ayudan a fijar y priorizar objetivos, planificar y evaluar las actividades y se hacen responsables de los resultados. (Krauskopf, 2008) Al otorgarles un rol activo e importante en la sociedad, en lugar de segregarlos a instituciones y recluirllos a ámbitos reducidos, los jóvenes no sólo adquieren mayor capacidad de participación sino que realizan su potencial como sujetos de cambio, se valoran a sí mismos, reconocen su propia capacidad de acción y así desarrollan un compromiso genuino a una causa, a un proyecto de vida, pues, como señala Krauskopf, “la participación asume carácter de compromiso cuando los jóvenes reciben y proveen información con retroalimentación para mejorar objetivos y resultados” (Krauskopf, 2008), es decir, cuando se produce en ellos un sentido de empoderamiento.

Un punto importante para reducir la marginación del joven y permitirle una mayor integración y participación en la sociedad es corregir la acción institucional, que, como se analizó en el capítulo 3, muchas veces resulta inefectiva. Parte de esta ineficacia se debe a la falta de legitimidad atribuida por los jóvenes a las instituciones, pues como dice Cerbino, “las instituciones y organizaciones sociales, así como los actores que las representan, carecen de credibilidad, debido, en buena medida, a las respuestas que han

dado a ciertos problemas sociales, como la inseguridad pública.” (Cerbino, 2004) Si las instituciones son vistas como causa más que solución de los problemas sociales, generarán rechazo por parte de los actores a quienes se pretende integrar. Es, pues, crucial que las instituciones demuestren estar genuinamente comprometidas a la rehabilitación e inserción del joven problemático. Para esto, “las instituciones del Estado, que tanta desconfianza y distancia despiertan entre los jóvenes, tienen que abrirse a las demandas y aspiraciones juveniles, y a los cambios en tales demandas y aspiraciones.” (Krauskopf, 2008)

Vemos, pues, que para que los jóvenes sean sujetos de cambio, actores comprometidos y capaces de manifestar su valor en la sociedad, es necesario tender puentes intergeneracionales a través del diálogo y la comunicación, así como eliminar barreras y abrir puertas en espacios de participación donde ellos puedan asumir un rol protagónico. La apertura al diálogo contribuirá a reducir brechas intergeneracionales al generar un mayor entendimiento entre las generaciones, el cual producirá un menor rechazo entre las mismas y así se logrará que las generaciones valoren lo que cada una tenga que aportar, aprendiendo las unas de las otras. De igual manera, al darle al joven mayor capacidad de acción en instancias formales de participación, atribuyéndoles capacidad de decidir e influir, los jóvenes se verán motivados a contribuir activamente en procesos y actividades tanto de sus propias vidas como de la sociedad en general.

## Conclusiones

Como se ha visto, la juventud de hoy es, al igual que las juventudes anteriores, rebelde, con inquietudes, con preguntas sin respuesta y con búsqueda de cambio. Así lo han demostrado jóvenes alrededor del mundo, como evidencian los casos de la juventud egipcia, la española, la chilena, la tunecina, amparados en este trabajo, aunque existen muchos casos más de los aquí mencionados. Se ha visto, también, que los jóvenes de hoy son estereotipados, desvalorizados al contrastarlos con jóvenes del pasado, y en vez de reconocer los alcances que han manifestado se les reprocha que de ellos “se espera más”. Sin embargo, esta es una de las contradicciones a la que se enfrentan los jóvenes de hoy: se espera más de ellos pero se les niega espacios de participación. Se cae, pues, en una estigmatización del joven basada en el estereotipo, lo cual conduce a una marginación. En respuesta a este estereotipo, se crean instituciones cuyo supuesto fin es rehabilitar al joven problemático, pero en este trabajo se demuestra que la labor de las instituciones, lejos de reinsertar al joven en la sociedad, acentúa su marginación y estos centros de rehabilitación se convierten más bien en escuelas de violencia.

Se concluye este trabajo re enfatizando que los jóvenes actuales son sujetos de cambio, esto es, sujetos con capacidades de identificar problemas en su sociedad y trabajar por ellos. Se afirma que los jóvenes de hoy sí son participativos, y que los movimientos y asociaciones juveniles son manifestaciones de esta participación. Además, este trabajo señala que los jóvenes de hoy están más educados, preparados e informados que nunca, con un creciente dominio de los avances tecnológicos. Por tanto, en lugar de sumergirlos en centros de rehabilitación poco eficaces, se debe valorar la presencia del joven en la sociedad y elevar su participación en la misma, tanto en calidad como en cantidad.

Para estos fines, es importante una acción conjunta por reducir brechas generacionales. Es decir, los jóvenes deben esforzarse por contradecir el estereotipo y desprenderse del estigma; esto solo lo podrán lograr a través de una acción positiva y de una lucha constante por ejercer una ciudadanía activa. De igual manera, corresponde a los adultos conferir a los jóvenes las herramientas para ejercer dicha ciudadanía, al fomentar el empoderamiento del joven a partir del cual se elevará su nivel de compromiso. Es sumamente importante, adicionalmente, que se establezca un diálogo efectivo intergeneracional, de manera que los adultos valoren la presencia de la juventud y los jóvenes la de los adultos, y que así, por medio de la comunicación, logren aprender los unos de los otros. A partir de este encuentro entre jóvenes y adultos la sociedad se verá enriquecida y alcanzará mayores logros que si excluye a parte de su población, perdiendo capital humano.

Finalmente, para garantizar la participación de los jóvenes, es necesario que se establezcan políticas de juventud efectivas. Para cumplir con este propósito,

“En el desarrollo de políticas es necesario relacionar la juventud y la violencia desde un enfoque interactivo de las estrategias de inclusión para y con las juventudes, enfatizando, en el marco de los derechos, la relación sistémica existente entre las dimensiones históricas, políticas, sociales, culturales, económicas y psicológicas, el impacto de los actuales cambios de la globalización y la modernización en los Estados y las sociedades...” (Krauskopf, 2011)

Es decir, las acciones dirigidas a los jóvenes deben tomarlos en cuenta como sujetos, no como agentes problemáticos. Se los debe incluir en la elaboración de propuestas, en la planeación de estrategias y evaluación de resultados, para que ellos se sientan realmente partícipes y así se considere realmente cuál es su problemática, se analicen los desafíos

y paradojas a los cuales el joven se enfrenta y se le ayude a responder a ellos. Al sentir el joven una preocupación genuina por su situación, el mismo se preocupará y tomará las medidas por corregirla e insertarse o posicionarse en la sociedad. Se manifestará como sujeto de cambio aquel joven al que se le permita manifestarse en su calidad de sujeto como tal.

## Bibliografía

Bobbio, N. (1985). La Sociedad Civil. *Estado, Gobierno y Sociedad: Por una teoría general de la política*. 1-17

Cerbino, M. (2004). *Pandillas juveniles, cultura y conflicto de la calle*. 1-110. Ecuador: Editorial El Conejo.

Cohen, J. y Arato, A. (2001). *Sociedad Civil y Teoría Política*. 556-635. México: Fondo de Cultura Económica.

García Canclini, N. (2008). Los jóvenes no se ven como el futuro: ¿serán el presente?. *Pensamiento Iberoamericano*, 3, 3-15.

Garretón, M. (1999). Políticas y jóvenes en Chile. 1-9. Obtenido de [http://www.archivochile.cl/Mov\\_sociales/mov\\_juv/MSmovjuv0008.pdf](http://www.archivochile.cl/Mov_sociales/mov_juv/MSmovjuv0008.pdf)

Guemureman, S. (2011). Casos de violencia juvenil, teorías de las subculturas criminales y miedos sociales. *Más allá de las pandillas: violencias, juventudes y resistencias en el mundo globalizado*, 2, 123-149.

Hopenhayn, M.(2005). Fuegos cruzados sobre la juventud latinoamericana. *América Latina Igual y Descentrada*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Hopenhayn, M.(2008) Inclusión y exclusión social en la juventud latinoamericana. *Pensamiento Iberoamericano*, 3, 49-70.

Hoyos, M. (2003). Ciudadanía y Participación: Más Fantasmas Para la Juventud. *Última Década*, 19, 71-81.

Krauskopf, D. (2008) Dimensiones de la participación en las juventudes contemporáneas latinoamericanas. *Pensamiento Iberoamericano*, 3, 165-181.



Krauskopf, D. (2011). Violencia y políticas pertinentes de juventud. *Más allá de las pandillas: violencias, juventudes y resistencias en el mundo globalizado*, 2, 43-59.

Morán, M.L. y Benedicto, J. (2008). Los jóvenes como actores sociales y políticos en la sociedad global. *Pensamiento Iberoamericano*, 3, 139-162.

Moreno Mínguez, A. (2008). Rasgos característicos de la transición a la vida adulta de los jóvenes españoles en el marco comparado europeo. *Pensamiento Iberoamericano*, 3, 17-42.

Sandoval, M. (2000). La relación entre los cambios culturales de fin de siglo y la participación social y política de los jóvenes. 147-163. Obtenido de [http://extranet.injuv.gob.cl/cedoc/Coleccion%20Participacion%20Politica/Participacion\\_y\\_Cultura\\_Sandoval\\_%20Mario-14-10-2005.pdf](http://extranet.injuv.gob.cl/cedoc/Coleccion%20Participacion%20Politica/Participacion_y_Cultura_Sandoval_%20Mario-14-10-2005.pdf)

Scandroglio, B., López J.S., García, S., y Delgado, N.(2011). Fundamentos y estrategias para la intervención psicosocial con agrupaciones juveniles de la calle. *Más allá de las pandillas: violencias, juventudes y resistencias en el mundo globalizado*, 2.

Sunkel, G. (2008). Sentido de pertenencia en la juventud latinoamericana: identidades que se van y expectativas que se proyectan. *Pensamiento Iberoamericano*, 3, 183-201.

UNESCO (2011). Cómo los jóvenes cambian el mundo. *El Correo de la UNESCO*. 2-54

